

Benjamín Vicuña Mackenna.

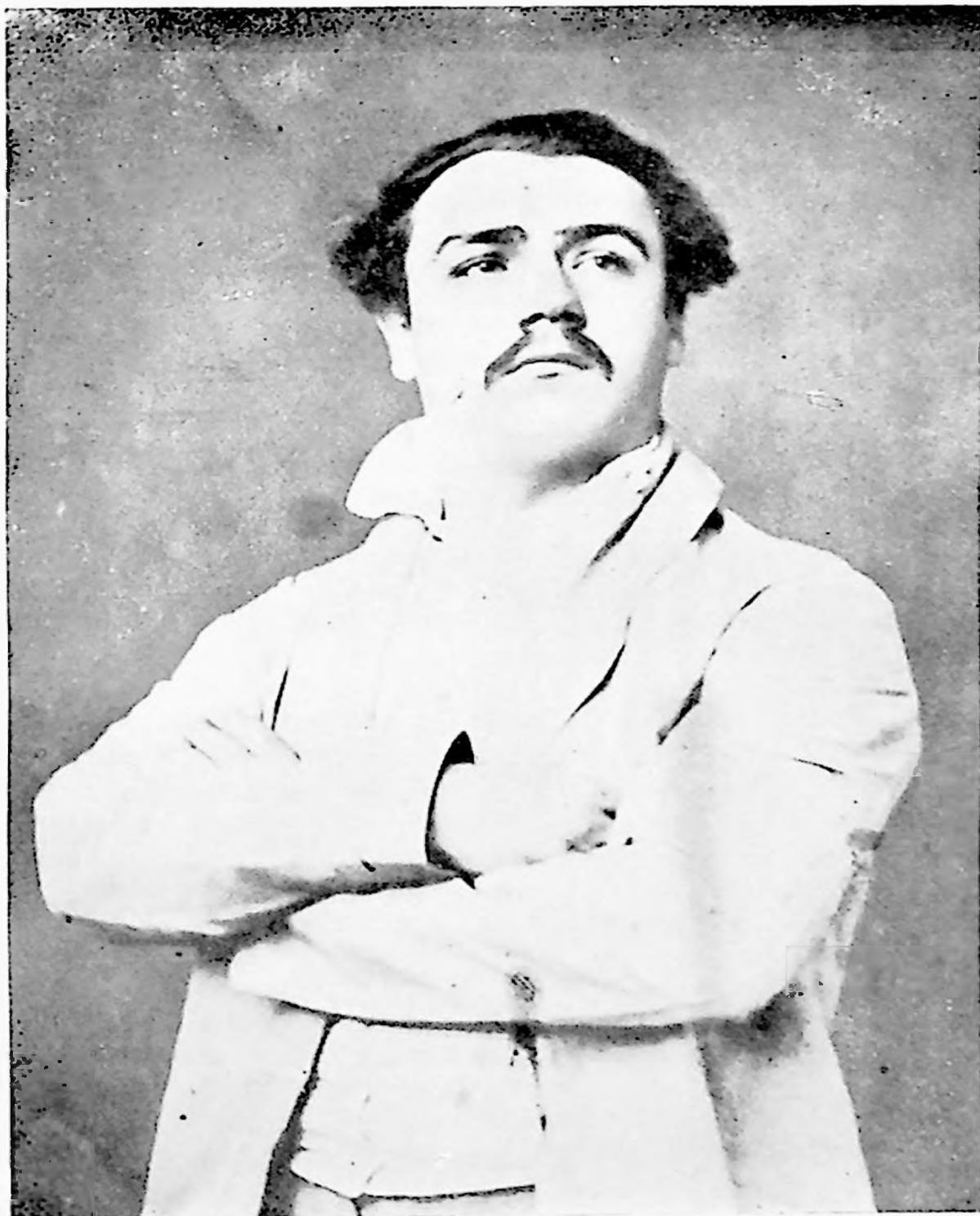
## LAS ULTIMAS MONTONERAS

### EL BANDIDAJE DEL SUR.—RETRATO DE BENAVIDES.

**D**ESPUES de la batalla de Maipo, los chilenos cometieron el mismo error que habían padecido después de Chacabuco, y lo agravaron. Deslumbrados por el brillo y la magnitud de victorias campales obtenidas a las puertas de una capital opulenta, que no había sentido sino a lo lejos el fragor de las armas, olvidaron que el sur de Chile había sido siempre el campo de batalla de la República, y que en sus villas y comarcas habían nacido los mejores soldados de la Patria y del Rey. Fruto de esa inconcebible negligencia, fué en 1817 la inesperada resistencia de Ordóñez en Talcahuano, que abrió la puerta al desastre de Cancha-Rayada, y en 1818 esa guerra horrenda y oscura de degüellos, de incendios, de asesinatos y de desolación que comenzó con el bárbaro sacrificio del parlamentario Torres y sus desventurados compañeros en la margen izquierda del Biobío y que sólo vino a terminar a orillas del río de las Damas, por el holocausto de Letelier y sus subalternos, despedazados por sus propios soldados, enfurecidos por el hambre y la desnudez.

Háse alegado, por excusa, de aquella grave falta respecto de la última época (pues la del año 17 ya ha sido juzgada) la proximidad del invierno, el completo agotamiento del tesoro nacional, que llegó en esos días hasta la carencia de papel para cartuchos en la maestranza misma de Santiago, como de dinero, para comprarlo, y lo que era más importante que todo eso, los proyectos de la campaña libertadora del Perú que absorbieron desde la mañana siguiente de Maipo, la mente y el corazón de los caudillos de la revolución chilena.

Al propio tiempo que por una coincidencia extraña en toda



Benjamín Vicuña Mackenna, a los 20 años en los Estados Unidos.

guerra que no sea la eterna de Sur-América, los generales de los ejércitos contendientes, Sánchez y Balcarce, se retiraban cada cual por opuesta dirección, creyendo ambos que dejaban terminada o por lo menos suspendida la campaña, iba ésta a presentarse, de súbito, desencadenada y terrible en los mismos sitios que aquéllos juzgaban pacificados.

Horas después que Balcarce se había retirado de los Angeles era deshecha (21 de Febrero) una partida que el comandante militar de aquella fortaleza, Thompson, había mandado a custodiar un vado del río cerca de Negrete. Casi en esos mismos momentos (21 de Febrero por la tarde) el comandante de Santa Juana, más hacia abajo del río, era atacado por cien fusileros, y caía prisionero, con pérdida de los dos tercios de su guarnición. Por último, en San Pedro, a la vista de Concepción y sólo río de por medio, se había dejado ver una guerrilla de más de cien hombres bien armados.

Esto sucedía en la ribera sur del río y casi en toda la longitud de su curso.

Al mismo tiempo una guerrilla aparecía en la margen boreal del río por el lado de Talcamávida, frente a Santa Juana; grupos de indios cruzaban el río de la Laja y se dirigían cometiendo horribles depredaciones hacia Rere, a espaldas de Concepción, amenazando interceptar esta plaza de la de Chillán; mientras que en la vecindad de la última se dejaba ver el terrible José María Zapata intimando rendición. Todavía más al norte, en la confluencia del Ñuble con el Itata se presentaban a la cabeza de montoneras de bandidos, los guerrilleros Contreras, Fuentes y el feroz Antonio Pincheira que iniciaba ahora su larga carrera de desolación y matanzas.

¿Cómo sucedía todo esto de una manera tan repetina, tan vasta, tan simultánea, tan aterradora? ¿Cómo a un sólo grito se habían alzado en armas, todas las comarcas que se extienden en las cien leguas comprendidas entre el Itata y el Cautín, en el centro de la Araucanía? Los indios de la costa y los llanistas ocurrían en tropeles al Biobío; los pehuenches bajaban de los valles de los Andes por los boquetes de Antuco a orillas del Laja y por el de Alico a la cabecera del Perquilauquén. El magnífico distrito llamado la Montaña, que se extiende por las faldas de los Andes, entre aquellos dos pasos, ocultaba en sus desfiladeros innumerables bandas armadas, mientras que, dándose éstas la mano por el fuerte de Tucapel con los caudillos que se levantaban en todas las reducciones de la Araucanía, iban a mantener, mediante su osadía y la extraordinaria movilidad de su organización en grupos a caballo, un constante flujo y reflujo de san-

gre que inundaría durante tres años todas las ciudades situadas en los llanos desde San Carlos a Concepción, todas las plazas fuertes tendidas a lo largo de los ríos desde Santa Bárbara, al pie de la cordillera, hasta Colcura en la ribera del mar.

¿Pero quién había puesto en juego y dado tan precisa y compacta unidad al movimiento que se advertía cuando el general del rey, en cuyo nombre cundía la agitación iba retirándose precipitadamente hacia los confines de la República y llevándose no sólo los soldados de pelea sino las poblaciones enteras y hasta los claustros de frailes y de monjas?

El que todo esto hacía era un soldado chileno a quien Balcarce al retirarse a Santiago, había dejado en Angol, a espaldas del fugitivo Sánchez recogiendo sus dispersos, por cuyo servicio aquel jefe le dejaba especialmente recomendado al mandatario de la provincia y del ejército.

Para comprender lo que pasaba es preciso detenerse un instante en presencia de aquella figura siniestra y oscura todavía.

---

Todo había sido hasta entonces terrible y sombrío en la existencia de aquel hombre que había nacido en una cárcel para morir en un patíbulo. Hijo del alcaide de la villa de Quirihue, había sido en los diez años que llevaba corridos la independencia de Chile tres veces alternativamente soldado del ejército patriota y del enemigo, y al pasar de unas filas a otras había siempre cometido un crimen o recibido algún castigo, incluso el de la muerte; porque fué ajusticiado, y, sin embargo, quedó con vida. Su existencia formó por esto una cadena de extrañas aventuras y de repugnantes inconsecuencias que bastarían a hacer odioso su carácter, si sus delitos inhumanos no lo hubieran señalado a la execración de las edades. Fué uno de los vencedores en Rancagua y conquistó en esa campaña los galones de oficial. Mas no se batió en Chacabuco por la causa que lo exaltaba, y al contrario, al saber la victoria de los chilenos, púsose a conspirar contra sus banderas en Concepción.

Benavides era, pues, un eterno díscolo, una de esas naturalezas rebeldes a todo impulso de lo bueno, y que por esto han sido llamadas con propiedad, genios del mal. Su educación había sido tan imperfecta como su organización y había servido sólo de dócil aliada a sus terribles instintos. Había aprendido en su aldea natal todo lo que se enseñaba entonces en nuestras villas de provincia y aun en nuestras ciudades coloniales; esto es, a escribir, a leer y a rezar. Sus pasiones, más arraigadas y más

feroces estaban limitadas por esto a un círculo estrecho. Su sable, su mujer y la virgen de Mercedes, cuyo nombre invocaba aún en el cadalso, constituían toda la atmósfera de su existencia física y el aliento de su alma, pero al anidarse en ella se emponzoñaban en su contacto y se convertían en excesos abominables. En Benavides, la pasión por la guerra era la matanza; el amor, el aguijón de los celos, la religión, la hoguera.

Y son estas tres tendencias más marcadas de su espíritu las que veremos puestas en juego en la lucha a que vamos a asistir. Su audacia para mentir, un espíritu notable de organización, la viva malicia del criollo y su insondable vanidad, son sólo recursos auxiliares de que el bandolero echara mano en la víspera de un atentado o al día siguiente de haberlo cometido.

Los ilustrados biógrafos de aquel caudillo se han preguntado hasta aquí alternativamente, por qué Benavides levantó la bandera del rey cuando era arriada por todas partes en nuestro territorio, y cómo pudo tan aprisa presentarse señor y jefe de un ejército poderoso, a la vez que fraccionado en tan diversos grupos en un dilatadísimo territorio. Para nosotros la solución de aquella inconsecuencia se halla en la existencia misma de Benavides que no fué sino un tejido de deslealtades casi incomprendibles y en su ciega vanidad de mestizo semi-bárbaro y semi-educado. En cuanto a la segunda duda, la hemos encontrado desvanecida en una correspondencia oficial del virrey Pezuela en que se manifiesta que el antecesor de Benavides obró contra sus instrucciones, que su retirada a Valdivia fué no sólo un absurdo y una cobardía, sino un palmario desconocimiento de las intenciones de aquel potentado, y que por consiguiente al asumir el último la representación de la causa real en Chile iba a servir de legítimo y autorizado caudillo de todos los elementos genuinamente anti-independientes que aun quedaban arraigados en la República.

La situación que creaba Benavides a la nación y al ejército del sur no podía ser más grave ni más inesperada. La insurrección dominaba todos los campos; y las escasas fuerzas de la República se hallaban diseminadas en ciudades indefensas, recién ocupadas y que era preciso repoblar con bandos y decretos, o en fortalezas que no tenían cañones sino brechas practicables en cada uno de sus muros.

Por fortuna hallábase al frente de aquellos escasos recursos de resistencia, (pues en verdad se trataba de una guerra defensiva) un hombre de robusto corazón en los conflictos y de brazo incansable en las peleas. La espada del general Freire iba a ser en ambas riberas del Biobío la valla de acero en que ven-

drían a estrellarse siempre las huestes realistas en sus furiosas embestidas.

Hemos visto ya que el joven intendente de Concepción había previsto el conflicto cuando más aparente era su lejanía, y ahora que le veía venir no mudaba de semblante. Su situación militar era, sin embargo, en extremo crítica. Tenía, es cierto en Concepción, dos pequeños batallones, el 1 y el 3 de Chile, pero le faltaban caballos, única arma que da alcance al montonero, y cañones, otra arma que el indio teme en las batallas. «El general Balcarce, decía, en efecto, Freire en la carta que ya hemos citado, se ha retirado anunciándonos la paz y se ha llevado todos los pertrechos de guerra. El batallón núm. 1 y el núm. 3 están aquí; pero sin medio, sin víveres y desnudos. Entre los dos, según los informes de sus jefes, apenas presentarán quinientos hombres en línea. El de Coquimbo está en los Angeles; y la caballería no tenemos más que la compañía de la escolta, siendo ésta la más precisa para esta guerra. Las milicias están a pie y no tienen ni lanzas, ni hay ninguna clase de armas que darles.

«Así es que, es de suma necesidad, añadía, que Ud. me mande a la mayor brevedad seiscientas lanzas y sables, si acaso se encuentran, para armar un regimiento de milicias. Sin caballería nada hacemos y la cosa toma incremento. También es de primera necesidad que venga algún dinero para los batallones, pues hace tiempo que no reciben medio y es necesario entretenerlos con alguna cosa, ya que los víveres y el vestuario están tan escasos.»

«En fin, concluía esta carta notable por su franqueza y sus revelaciones históricas, el embrollo en que nos ha dejado el señor Balcarce es grande, y si activamente no se toman las providencias como lo hago, nos veremos en apuros.»

La crisis en efecto se desarrollaba con una celeridad desconsoladora. Todas las partidas sueltas que habían brotado como por encanto tras de las pisadas de Sánchez al sur del Biobío y de Balcarce al norte, comenzaron a operar un rápido movimiento de concentración sobre los Angeles, la plaza que hemos llamado con exactitud la llave de las fronteras, y en los momentos mismos en que Freire escribía a la capital pidiendo auxilio, aquella ciudadela defendida por un solo batallón y cuatro piezas de la artillería de los Andes, era rodeada por no menos de tres mil indios e innumerables capitanejos. Entre éstos, los boletines militares citan a Juan Ruiz, de Nacimiento y sus cuatro hijos. Tan general y terrible era el levantamiento.

Los sitiadores llevaban por delante de sus caballos atados de fajina para incendiar el pueblo, y éste era el preludio de aquella guerra espantosa. El cañón de la fortaleza les impidió el crimen; pero arrimaron fuego a los campos vecinos,

«levantando, dice el jefe de la plaza, una densa nube que por largo rato oscureció la claridad del sol.»

Al fin la metralla dispersó a los indios que se retiraron dejando sesenta cadáveres. Pero fué para volver más tarde con mayor ímpetu y desesperación. Llegaron esta vez los jinetes araucanos hasta golpear con sus lanzas los macizos postigos del portón del recinto, recordando proezas antiguas que ha hecho inmortales la musa castellana; mientras que la gente de a pie, toda española, cuando aquellos se retiraban por las estrechas calles para embestir de nuevo en otra dirección, los cubrían con igual heroísmo hasta el caso de perecer todas por el estrago del cañón. Dentro de la plaza sólo murieron algunas mujeres que no alcanzaron a encerrarse en el fuerte.

Los sitiadores, que en esta vez habían sido en menor número por las veleidades propias del indio, volvieron a retirarse; pero si el mariscal Alcázar, que avisado de lo que pasaba no hubiese venido a toda brida con la caballería desde Yumbel, la plaza habría sucumbido; y entonces quedaba franco el paso por los llanos y por los vados a todas las montoneras que se enseñoreaban a la vez de las campiñas del Vergara y del Itata. Alcázar entrándose a la plaza en la tarde del 10 de Marzo, después de dar una valiente acometida a los bárbaros que se retiraban del asedio por el vado de Tarpellanca, salvó la situación que no podía ser más apurada al comenzar la campaña.

Entre tanto, Freire privado de movilidad, de víveres y de dinero en Concepción, se desesperaba por tomar personalmente el campo contra Benavides que se había apostado en Santa Juana, en la medianía del gran río, con el propósito de atender a la vez a las dos extremidades de su línea de ataque, es decir, a Concepción y a los Angeles.

«Ya no hay paciencia, escribía aquél a Santiago el 3 de Marzo para sufrir a los indios que por todas partes nos inquietan. Mujeres, hombres, niños y cuanto encuentran lo devoran como el fuego. Así como son indecibles los estragos que han hecho en La Laja y demás partes, lo son también las tentativas de amistad que se les ha hecho y de que se han burlado. Los pehuencues, que eran los únicos que se manifestaban neutrales, están hoy también en movimiento, según noticias tengo. Los habitantes de la otra parte del Biobío y los emigrados están obstinados que a pesar de que salen los bandos de perdón, etc., continúan sin interrupción, y permanecen haciéndonos la guerra, sin embargo, de que Sánchez se había retirado. Cadalsos y degollaciones son los que públicamente y a gritos ofrecen a los habitantes que se han quedado de esta parte.»

«Todo hombre, añadía en seguida, revelando sus planes militares y la ira de su corazón, que mira la cosa de cerca cree que mientras no se pase al otro lado del Biobío y se les haga una guerra destructora, degollando, robando y

quemando cuanto se presente, es imposible la tranquilidad y asegurar esta provincia del poder de los enemigos.»

«Yo sé que a la distancia, decía en conclusión, se creará éste un plan descabellado, pero yo sé que es el único medio de asegurar la provincia y de hacer entrar a los indios en sus deberes, dándoles un buen golpe. Ellos pedirán perdón y nuestra amistad: hablarles por bien es insolentarlos, y para que se burlen de nosotros. De este modo se ha hecho la amistad con indios en varias partes.»

La campaña se iniciaba, como hemos visto, con aspecto feroz desde el primer impulso. Las guerrillas no daban cuartel ni lo recibían. Al primer montenero que cayó en manos de Freire (un tal Baeza que mandaba una partida por Talcamávida), lo bajaron del caballo para sentarlo en el banco. Benavides había dado orden con anterioridad de degollar a todo el que pudiese dar noticia del itinerario de sus destacamentos; y mientras sus lugartenientes, a falta de cañones, asediaban las plazas provistos de haces de heno con el fin de reducirlas a cenizas, el mismo salvaje caudillo de aquellas hordas daba personalmente los ejemplos más depravados de barbarie.

«El famoso Benavides, escribía Freire el 28 de Marzo, continúa haciendo creer sus groseras intrigas que su conducta desmiente. Acaba de cometer un horrendo atentado. Mandé un parlamentario (un teniente Torres del núm. 1 de Chile), con una contestación a oficios sobre el canje de su mujer por el teniente Rivera, y al mismo tiempo cien pesos para el oficial y tropa prisionera, y me ha detenido el oficial, mandándome el soldado que llevó, con un oficio en que me dice marchan los dos tenientes para Valdivia, pero que si le mando su mujer los hará devolver del camino.»

El candoroso general Freire, que siempre tuvo ese noble atributo propio de las almas buenas, llamaba horrendo atentado la detención de un parlamentario, y esto pone en evidencia cuán lejos estaba de su espíritu la idea de que aquella intriga envolvía un crimen verdaderamente horrendo. Benavides había mandado descuartizar al parlamentario y toda su tropa. En lo único ciertamente en que aquel gran criminal sobrepujó la magnitud de sus delitos fué en la impavidez y el cinismo de la mentira para ocultarlos!

Es tan alevosa, tan inhumana y al propio tiempo tan característica de las entrañas de Benavides esta inmólación de un funcionario constituido sagrado por las leyes de la guerra, que se hace preciso revelarla en todo su horror, porque ella es, a no dudarlo, el punto de partida de la guerra a muerte que se desató de improviso sobre Chile.

El desgraciado Torres fué recibido por Benavides con los agasajos de un amigo hasta el grado de convidarle a cenar en

sus habitaciones, dentro del recinto de Santa Juana. Pero mientras el oficial patriota satisfacía su apetito, Benavides meditaba su alevosía apurando a tragos un cántaro de aguardiente, esta fiel y terrible aliada del instinto de la sangre en las naturalezas criollas. Bajo esta influencia y de repente levantóse el terrible huésped de su asiento y dijo a Torres que se preparase para morir. En su sorpresa y su terror, pidióle el infeliz que le perdonara la vida, que le permitiera confesarse, que lo matara a bala siquiera. A todo, menos a una breve expiación negóse el verdugo. Confesóse el prisionero y se entregó al ayudante de la fortaleza para que se cumpliera su destino. Mas el parlamentario no moriría solo. Dentro de una de las cuadras del cuartel dormían quince de los veinte soldados que había ido él mismo a rescatar, pues sólo cinco consintieron en tomar servicio, para pasarse en seguida (como lo verificaron), menos dignos, pero más previsores que sus desgraciados compañeros. Torres comprendió que había llegado la última hora de éstos, junto con la suya, y dijo con entereza al cabo que los mandaba:

«La muerte nos llama! Recuerde Ud. a todos los demás compañeros!»

Benavides llegó entonces semi-ebrio a la puerta del calabozo y haciendo entrar una partida de soldados de caballería, todos españoles, con sus sables afilados, consumó aquel horrible descuartizamiento a la luz de un candil! Años después veíanse todavía estampadas en los muros del cuartel de Santa Juana las manos ensangrentadas de aquellas víctimas infelices al luchar en su agonía con sus inhumanos verdugos!

Y al día siguiente, el impávido asesino, cobarde y villano, como lo fué siempre, mentía sobre los cadáveres de sus víctimas, escribiendo a Freire que «no había sido él sino los indios y el comandante español Arias los autores del crimen, indignados porque no habían visto llegar a su mujer»! Osaba decir en su comunicación oficial que se había opuesto al crimen, pero que sus soldados lo obligaron a salir del recinto para cometerlo y aún le impusieron pena de la vida si entraba a la fortaleza aquella noche.

Tal era el esforzado Benavides, brigadier de España y a quien el historiador Torrente llama ilustre en cada una de sus páginas!

(*“De la Guerra a Muerte”*).